

Sacerdocio

y Política

Roger Vekemans, S. J.

1.

El sacerdote es un hombre temporalmente comprometido y solidario con el destino de la humanidad. Es, por tanto, poco feliz definirlo a través del prefijo "no": el hombre que **no** puede casarse, el hombre que **no** tiene una profesión y, en el caso que aquí interesa, el hombre que **no** se mete en política. No hay en la definición del sacerdocio nada que contradiga esencialmente un compromiso temporal y dentro de éste un compromiso político, como si la política fuera una actividad que no debiera "ensuciar" el ministerio sacerdotal. El problema no consiste, pues, en comprometerse o no en política, sino en la forma en que el sacerdote debe asumir ese compromiso. En suma, se trata de determinar la dimensión del compromiso sacerdotal en política, distinto del compromiso político en política.

2

El sacerdote es el signo y el aval de la unidad eucarística en la Iglesia, que aúna, en un momento cumbre de relación ontológica, las solidaridades separadas por distintas opciones ideológicas, políticas y aun éticas de la comunidad cristiana. El sacerdote, así, se compromete con la raíz misma del hombre y, por ende, con todas sus manifestaciones en todos los ámbitos de la vida, el político incluido.

Pero ¿qué pasa si en el ejercicio de su ministerio el sacerdote se compromete políticamente en política, es decir, si se abanderiza por un partido determinado y lucha por que éste acceda al poder? El efecto fun-

damental de esta actitud será que el sacerdote se transformará en un elemento disociador de la comunidad que tiene por misión unir; su apostolado se transformará en ideología y ésta dará pie a una nueva cruzada; su verdadero compromiso se trocará en militancia; su solidaridad no pasará de ser una solidaridad de cenáculo. No es por este camino, entonces, por donde pasa el compromiso sacerdotal en política.

3

La Palabra, nutrida por la Eucaristía, es también instrumento de unión entre los cristianos. ¿Y qué puede decir esta Palabra frente a lo político? ¿Ignorarlo? ¿Darle una sanción sacral? La Palabra que el sacerdote comunica, por de pronto, revela al hombre el sentido íntimo de su tarea en el mundo. La acción política no es extraña a la tarea del hombre que construye la civilización, muy al contrario, y por lo tanto el mensajero de la Palabra evangélica debe ocuparse de ella, no puede ignorarla. Antes que nada, el sacerdote debe **desacralizar la política** (no se confunda con desacreditar), esto es, darle su justo lugar, ni más ni menos, en una óptica teleológico-escatológica. Lejos de disuadir a los laicos que intervengan en política, debe, antes bien, impulsarlos a ello, pero sin inyectar una dosis divina en ella y sin reivindicar la verdad del Evangelio para ninguna opción política, pues ésta no agota la tarea de la fe. El sacerdote no se sustrae a la lucha política, sino que trabaja para fundarla, para darle su verdadera significación, poniéndola y reponiéndola constantemente en su justo lugar y planteando en el seno de ella las dimensiones que deben enmarcarla: justicia y paz.

4

El sacerdote, ministro de la Eucaristía y de la Palabra, es el testimonio del enraizamiento de toda la actividad humana en Dios y, por eso, salvaguardia del carácter teleológico de la persona, que en su obra de construir la ciudad terrena frecuentemente olvida la existencia de la ciudad de Dios, a la cual está llamada, produciéndose una emancipación radical y absoluta de lo temporal. Esta discontinuidad entre ambas ciudades debe ser superada por alguien que no haya perdido la perspectiva del fin último, obnubilada por la pretensión de ultimidad de los fines intermedios. Ese alguien debe ser el sacerdote, que merced a su forma especial de servicio puede adquirir una cierta "distancia" respecto del mundo, sin salir de él, al contrario, comprometiéndose en forma más radical que nadie: escatológicamente. El sacerdote debe luchar contra la ilusión prometeica de que la sola política es capaz de estructurar el mundo de manera de llevar al hombre a su plenitud; en este sentido, el sacerdote debe **relativizar la política**, sin desconocer su capital importancia para configurar un mundo abierto a la trascendencia. Junto con esto, el sacerdote debe levantar su voz profética contra los regímenes políticos que hacen del hombre un objeto más en la dinámica de la civilización y luchar por hacer permeable la política al descubrimiento de su propio sentido, extirpando de ella toda odiosidad disociadora.

5

Amor y política constituyen una bipolaridad en tensión que el sacerdote debe aliviar, no metiéndose en un partido político, sino recordando a ésta su verdadero sentido: justicia, paz, permeabilidad a la trascendencia. El sacerdote debe enfrentar la política para despojarla de su carácter agresivo, "ghettoizante", subyugador de los hombres con vistas a un fin que se

absolutiza. Esta misión requiere encontrar un cierto sentido de vida que dé cuenta de la distinción entre ciudad terrena y Reino de Dios y que testimonie que en Dios encuentra su término toda actividad humana.

Este estilo de vida consiste, esencialmente, en permanecer fiel a lo que fue Cristo: mediador de salvación. Las formas de mediación pueden ser múltiples, pero todas implican ciertas rupturas o renunciaciones a algunas formas de fecundidad humana, buenas en sí mismas, como el compromiso político militante o partidista. Esta renuncia, se insiste, no significa hacerse ajeno a la política, sino que, tan sólo, hacerse ajeno al compromiso político militante, subsistiendo el compromiso sacerdotal —más radical— con lo político, hasta los últimos extremos.

6

Pero hay otras razones que justifican una renuncia del sacerdote a la acción política propiamente tal. En primer lugar, una cuestión de competencia: en toda sociedad cada hombre tiene el deber de ocuparse de aquello de lo cual es más inmediatamente responsable. Si el sacerdote asume un rol político además del suyo propio, el primer daño lo sufrirá la política misma, que será "profanada" por categorías religiosas que se saldrán de su propia órbita para dirigir la ciudad terrena: peligro del neo-clericalismo.

Para lo religioso el peligro no es menor: se desnaturalizará el ministerio sacerdotal por la proyección indebida de esquemas políticos en la esfera religiosa y el sacerdote será fácil presa en manos de los políticos avezados. En segundo lugar, una cuestión de acogida: los fieles, con sus distintas posiciones políticas, no tendrán la libertad psicológica para acudir a un sacerdote militante de un partido cuyas ideas muchos fieles no compartirán. El sacerdote, por su parte, tampoco tendrá la libertad psicológica necesaria para acoger de igual modo a un "camarada" y a un "adversario".

